

Reseña del libro de: Mónico Felipe, Paula (2015), **Ayotzinapa, horas eternas**. México, Ediciones B. 251 pp.

“¡Por lo menos se despidió...!”¹

Juan Guillermo Figueroa Perea

Un texto para no olvidar

El libro *Ayotzinapa Horas Eternas* de Paula Mónica Felipe presenta una reconstrucción de lo sucedido en Iguala a partir del 26 de septiembre de 2014 y a lo largo de los doce meses siguientes. La autora del libro enfatiza que trata de recuperar la voz de las víctimas a partir de dialogar con las familias y con algunos normalistas sobrevivientes y no desaparecidos.

El libro contempla *cinco apartados* con títulos muy sugerentes (por intrigantes) ya que el primero alude a la “cacería”, el segundo a “las horas eternas” en la búsqueda de los estudiantes normalistas, el tercero muestra la incertidumbre ante los mismos con el título de “buscarte”. En este mismo apartado la autora le da cabida a una sección especial a la que denomina “Vidas” y en la que muestra y nos presenta a cuarenta y ocho estudiantes, a través de imágenes fotográficas, así como de una presentación más personal de cada una de los cuarenta y tres desaparecidos, de tres asesinados y de dos heridos. En el cuarto y último apartado, con el título de “seguir”, la autora documenta diferentes reacciones ante la desaparición de los normalistas. En ella alude a posiciones gubernamentales, a manifestaciones de la sociedad, a voces de algunos intelectuales y artistas, a la visita de las abuelas de la plaza de mayo, a la graduación de otros estudiantes en la propia normal y por supuesto que a la búsqueda que hacen los familiares de los normalistas de Ayotzinapa.

En un anexo incluye una cronología de los principales hechos ocurridos entre el 27 de septiembre de 2014 y el 26 de septiembre de 2015. Dentro de la misma destaca la desafortunada invitación del rector de la UNAM (actual Secretario de Salud) invitando a “no quedar atrapados en este triste instante de nuestra historia” (pág. 240), en lugar de manifestarse críticamente sobre la obligación de monitorear esa experiencia tan visible de desapariciones. Es necesario problematizarlo desde una institución como la UNAM que invita a todo estudiante que obtiene un título universitario a usar el conocimiento crítico por el bien de la sociedad.

La autora incorpora a lo largo del libro algunas referencias personales, pues ella misma reconoce que es hija de padre y madre desaparecidos durante la dictadura militar en Argentina. A pesar de que por honestidad metodológica aclara que “el libro no pretende objetividad, pues mi

¹ Un padre al recordar la llamada de su hijo normalista, avisándole que estaba a la mitad de un tiroteo. Mónico Felipe, Paula (2015), *Ayotzinapa, horas eternas*. México, Ediciones B. México.2015, p. 59.

propia historia condiciona la que relato” (pág. 218), vale la pena señalar que el libro es una honesta revisión crítica del caso y que la autora se permite compartir algunos recuerdos, precisamente porque reconoce el valor de la subjetividad y quizás recuerda la consigna feminista de que “lo personal es político”. No se trata de ser o no objetivo, sino de no asumir una falsa neutralidad al reconstruir la historia.

“Veo y recuerdo a mis abuelos, después de la desaparición forzada de mi madre y mi padre (pág. 89)”, dice Paula. “¿Cómo pedirles que cuiden su salud y descansen? Están destrozados. Sus ojos proyectan una tristeza que ya he visto. Mi abuela Ester, se dejó morir cuando yo era una niña. Me quiso mucho, me cuidó hasta donde pudo, pero un día no pudo más con la ausencia de su hija, mi madre” (pág. 207)

En ese tenor el mismo autor de esta reseña reconoce el impacto que le produjo el que en los relatos de vida una de las familias de los normalistas comenta literalmente que “el 29 de marzo de 2015 Jonás (uno de los normalistas desaparecidos) cumplió 21 años” (#23).² Es decir, uno de los normalistas nació el mismo día y año que el menor de mis hijos. No puedo imaginar el dolor que significaría no encontrarlo.

El contexto de los normalistas

Algo que emerge en las historias más personales de los normalistas es la condición de *precariedad en la que viven las familias* y por ende, el interés de los estudiantes por ayudar la situación económica de las mismas. Además, conmueve el gusto de muchos de ellos por la música y por el deporte y en especial, el valor y el respeto que reconocen ante la posibilidad de llegar a ser maestros; de hecho, para más de uno de ellos sus familiares reconocen que “ser maestro era su proyecto de vida” (#46).

Conmueven profundamente las *experiencias contadas por los familiares* en términos de los silencios que hay en los hogares a partir de la ausencia de sus muchachos; así como hay quien dice “que nadie enciende la grabadora desde que él no está” (# 39), los hay quienes afirman “que creen escuchar música que sale del cuarto de su hijo” (# 32). En este doloroso contexto hay quien imagina “que su muchacho llega caminando y que por fin lo abraza” (# 31); ¿habrá mayor angustia e incertidumbre ante la experiencia de la desaparición?, ¿cómo significar los silencios y la esperanza de su posible llegada?

El relato de Paula Mónica Felipe, autora de este libro, permite *humanizar un poco más* (si se vale la expresión) a los normalistas desaparecidos, presentándonos su cotidianidad, sus vínculos familiares, la experiencia de familias que los extrañan y los lloran, a la vez que narrando y describiendo el entorno de la normal Raúl Isidro Burgos. Este entorno lo describen como “cuna de conciencia social”, como un lugar con muchos servicios gratuitos, los cuales serían inalcanzables

² A diferencia de las citas con número de página, en este caso se usa # para hacer referencia a la numeración que usan Ana Valentina López de Cea y la autora del libro para presentar las fotos y breves semblanzas de los 48 normalistas sobre los que construyen la historia del libro.

para la mayoría de ellos, a pesar de que es un lugar modesto. Es presentado como un entorno con murales cargados de historia y de política, de la que seguramente se alimentaron esta y otras generaciones de normalistas.

“Las normales rurales sobrevivieron gracias a las movilizaciones de sus alumnos. El gobierno lleva décadas atacando a las normales rurales, matando los sueños, ideales y principios de quienes allí estudian” (pág. 209)

Quizás por ello una de las hipótesis que queda latente en el relato, como detonadora de la desaparición, es el actuar del *gobierno en contra de las normales rurales*, tanto a través de la omisión de apoyos, como de la satanización de sus estudiantes. La autora atinadamente afirma que la palabra desaparecido es una canallada, pues “busca borrar a la persona y perderla en una tiniebla confusa... le atribuye al ausente la responsabilidad por estarlo: se fue, tal vez esté en otra parte” (pág 217). Sin embargo, ella aclara “que los desaparecidos no se fueron, se los llevaron” (pág. 218). *¿Y los progenitores?*

Una categoría que emerge de diferentes formas en los relatos del libro es la de *la progeneratura*, tanto de mujeres como de hombres. Sin embargo, se ha documentado el dolor de las mujeres por estas pérdidas, pero menos se visibiliza lo que viven los varones. Por eso recupero a continuación algunos ejemplos de ello, empezando por un normalista *asesinado con una tremenda saña*. Julio César es su nombre y conocemos a través del relato, que había conseguido un permiso para estar en el parto de su hija, dos meses antes de que lo asesinaran (#45); esto no es una experiencia muy frecuente en muchos hombres. Resulta muy conmovedor escucharlo a través de la voz de su compañera, quien también es normalista y quien además de reconocerse como la viuda de Julio César, se asume como pariente de todos los desaparecidos y por ende participa en la búsqueda de los mismos.

Otra experiencia que llama la atención es la *relación entre paternidad y migración*, ya que el padre de uno de los normalistas vive en Estados Unidos y por condiciones migratorias le es difícil regresar a México y por ende apoya a su compañera desde la distancia, por ejemplo, corriendo maratones y haciendo visible la problemática de la desaparición (periódico *La Jornada*, 21 de marzo de 2016). Sería necesario conocer qué emerge en los sentimientos de un hombre cuando se vive este dolor desde la distancia.

En un tenor cercano a ello, otro de los padres reconoce en el libro que salió hacia los Estados Unidos cuando su esposa tenía dos meses de embarazo del hijo que ahora está desaparecido. Emiliano, que es el nombre del padre, cuenta que conoció a su hijo hasta los 7 años, pues trabajaba de albañil en los Estados Unidos y si bien aportó recursos para poder construir su casa, al mismo tiempo se perdió de muchas experiencias con su hija mayor y con el hijo con el cual solamente convivió tres meses en doce años, pues fue cuando tuvo un permiso para regresar a México.

Emiliano describe que el último día que vio a su hijo se disculpó con él pues no tenía dinero para comprarle zapatos o algo de ropa, a lo que su hijo José Ángel le contestó afectuosamente en términos de “no se preocupe papá” (pág. 146). Ese día el papá todavía pudo hacer un trabajo de

albañilería y regreso a casa con los cien pesos que se había ganado, confiando en que todavía alcanzaría a su hijo. En el libro se muestra el relato de cómo lo alcanzó a ver a lo lejos y a pesar de que “pedaleé recio..., cuando llegué a la esquina alcancé a ver que se subía a una combi. Fue la última vez que lo vi” (pág. 146-147). Desde entonces lo sigue buscando y la autora señala “salen las lágrimas de sus ojos y repite <donde quiera que estés, te voy a buscar>” (págs. 146-147).

Existe una canción con el nombre de “43 Butakas” (<https://youtu.be/5ZvIpC4pmeC>), hecha para recordar a los 43 desaparecidos y en la misma se afirma recurrentemente “son 43 y a sus madres no les dijeron adiós”. Se describe de diferentes maneras el dolor que deben de estar viviendo las mujeres y a la par se les trata de consolar haciendo referencia al “valor del trabajo de los hijos” y a la “justicia que seguramente se hará en algún momento por su desaparición”, pero incluso se da a entender su muerte al describirlos, dialogando con líderes políticos ya fallecidos. Si bien esto podría cuestionarse, ya que no es evidente el deceso de los mismos, la canción genera otro cuestionamiento: ¿por qué solo se alude a que a sus madres no les dijeron adiós?, ¿acaso sí lo hicieron con los padres, o bien esos no son tan relevantes?

Irónicamente uno de los progenitores describe que recibió una llamada de su hijo la noche del 26 de septiembre, diciéndole “papá, estoy en medio de una balacera, ya mataron a un compañero. Si no llego, les estoy avisando a usted y a mi mamá...” (pág. 59). El relato señala “al menos se despidió” (pág. 59). Sin embargo, no queda claro quién dice que se despidió... y qué diferencia generaría ello ante su desaparición, al igual que la de tantos otros normalistas.

¿Y ahora...?

“Lo que le pasa a un compañero nos pasa a todos” (pág. 100), señala uno de los responsables del grupo que los siguen buscando de manera independiente; ¿será que no nos quedaremos callados? No pueden seguir desaparecidos nuestros futuros maestros y este libro nos estimula para recordarlo.

Juan Guillermo Figueroa Perea, Filósofo, matemático. Doctor en Sociología y Demografía. Université de Paris X, Nanterre. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), Nivel II. Investigador en el Colegio de México y profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México. Su experiencia docente se ha desarrollado en el colegio mencionado, en la Universidad Nacional Autónoma de México, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (sedes de México y de Buenos Aires), la Universidad Peruana Cayetano Heredia y el Instituto Chileno de Medicina Reproductiva, entre otras.

Figueroa es autor de diversas publicaciones entre las que se encuentran reflexiones sobre las dimensiones éticas de la investigación social sobre salud y valores humanos como el libro 'Ser padres, esposos e hijos: experiencias y valoraciones de varones mexicanos', del cual fue uno de sus coordinadores.